

Número 13



Boletín mensual

Agosto/Septiembre
2025

Editado por:
William Grigsby Vergara

ÍNDICE

- 01 CASA GRANDE, CASA DE TODAS
- 02 CARMEN GALLEGOS RSCJ
- 03 MARÍA EFRÉN RSCJ
- 04 ADA MARTÍNEZ RSCJ
- 05 ELENA ANAYA RSCJ
- 06 HERMINIA ÁLVAREZ RSCJ
- 07 ANA RAMÍREZ RSCJ
- 08 MARÍA NAVARRO RSCJ
- 09 CHELO ARMIDA RSCJ
- 10 FRANCIS MONROY RSCJ
- 11 COCOYO GUERRERO RSCJ



Casa grande, casa de todas

01



¿Por qué Iyolosiwa publica un boletín con el título de “Casa Grande”? Si se especializa en educación popular y es reconocida por su compromiso solidario con las mayorías empobrecidas, ¿qué relación tiene esto con la comunidad de hermanas mayores, ya jubiladas, de las Religiosas del Sagrado Corazón?

Nos da la respuesta un canto en inglés que dice: “Estamos de pie sobre los hombros de aquellas que vinieron antes que nosotros. Somos más fuertes por su valentía, somos más sabias/os por sus palabras. Estamos agradecidas/os por su visión, por su trabajo en esta tierra”.



Casa grande, casa de todas



Luz Gutierrez Hermosillo RSCJ,
responsable de Casa Grande.

La Casa de hermanas mayores tuvo su origen en los cambios que trajo a la Congregación el Capítulo Especial, que aplicó los cambios que impulsados por el Concilio Vaticano II. Fuimos evolucionando de ser comunidades muy numerosas, entre 70 y 30 hermanas, a comunidades pequeñas, de 10, de 5, hasta de tres hermanas. En esas comunidades el trabajo apostólico era intenso y no había posibilidad de atender adecuadamente a las religiosas mayores.

Casa grande, casa de todas



En 1972 empezó en nuestra casa de San Luis Potosí, una comunidad de mayores que en 1976 se trasladó a Guadalajara, por un mejor clima y más amplio espacio. ¡Estamos a punto de cumplir 50 años! A las que vivimos actualmente en esta casa nos tocó la diversificación en los servicios apostólicos: menos religiosas en los Colegios y apertura de proyectos de Educación Popular y en compromiso solidario con las mayorías empobrecidas.

De aquí viene el tema de este boletín de Iyolosiwa que se construyó, en gran parte, “de pie sobre los hombros de aquellas que vinieron antes de nosotros”. Aquí presentamos los testimonios de algunas de esas hermanas.







Carmen Gallegos RSCJ 02



Yo vengo del Llano, un pueblito de Zamora, Michoacán. Cuando me dieron mi obediencia fui a una comunidad en Tabasco, en un lugar de trabajadores petroleros y allí fue donde concreticé mi seguimiento al Señor Jesús. Tenía mucho miedo, al principio, pero cuando menos me di cuenta ya estaba con niños, jóvenes y adultos trabajando en educación. Fueron experiencias muy duras al principio, había mucha discordia, todo eso fue para mí un cuestionamiento para poder estar y acompañar a estas personas. El pueblo necesitaba ser escuchado, las personas necesitaban que nos involucráramos en sus vidas, y ese fue mi primer aprendizaje. Todo lo que hice fue porque me gustaba, por obediencia al Señor.



Allá en Tenango fue algo bellissimo, era un grupo grandote de jóvenes, muy activos. Luego íbamos a otros pueblitos y ellos iban siempre adelante. Son gente del campo que habían tenido poca educación, pero superaban con sabiduría natural cualquier vacío. Estuve como cuatro años en la sierra. La vida era muy austera. Vivíamos en un cuartito cerquita de la iglesia, en la sacristía, ahí era mi casa y la gente siempre muy comprometida. Los coyotes gritaban en la noche, desde la punta del cerro, y era muy bonito. Era sentir la cercanía del Señor a través de la gente, las plantas, los animales. Extraño estar con la gente de allá...

María Efrén RSCJ

La gente del pueblo es muy sencilla y no tienen pena en compartirte su relación con Dios. Hace un tiempo vinieron algunos de esos jóvenes, que ya no son tan jóvenes, a visitarme, fue muy bonito. Uno abre la brechita, pero ellos son los que hacen la experiencia. El recuerdo queda. Ahora me hice viejita, estoy retirada, pero me siento más cerca de Dios.





México es el noveno país donde vivo, pero Venezuela es mi segunda patria. Desarrollé mi servicio educativo en Cuba, Venezuela, Colombia, Chile, Estados Unidos, Puerto Rico y México. Desde muy niña era muy amiga de Jesús y él fue el que me dio el gusto por los pobres. A los 11 años iba con las muchachas mayores a los barrios marginales a jugar con los niños y a dar catequesis. Mientras estuve en los colegios dándoles clases a las niñas pudientes los sábados siempre me iba a los barrios. Siempre me he sentido bien entre los pobres y todavía tengo muchas amistades pobres con las que me comunico y que son una gran riqueza para mí.



Ada Martínez RSCJ

Me da mucha alegría saber que yo, con las mexicanas, colombianas y venezolanas, inauguré la red de educación popular para la congregación en el año 84. Ahora cumplimos 40 años. El primer encuentro fue en Bogotá. Muchas hermanas solo querían que nos dedicáramos a los colegios, pero otras veíamos muy educativo integrar a Paulo Freire y la Teología de la Liberación en nuestro quehacer.

Considero que el primer reto de la educación popular hoy en día es no dejar a los pobres, el segundo es que hay que irse adecuando a las nuevas circunstancias, pero siempre con los principios de la educación popular: partir de la realidad, desarrollar espíritu crítico, la toma de conciencia, las acciones transformadoras, la incidencia en la política.

A mí los pobres me evangelizaron. Cuando uno comparte con ellos uno comprende por qué Jesús los amaba tanto. Ellos tienen una fe muy sencilla pero muy verdadera, basada en el agradecimiento, pero también en la confianza. Además, te quitan todo tipo de prejuicios; los pobres no tienen prejuicios, los prejuicios son de las clases dominantes.

Siempre he sido muy feliz y les agradezco a todas las hermanas que han convivido conmigo, y les digo que escuchen mucho al Señor porque es Él quien realmente nos hace felices.





Desarrollé el servicio educativo básicamente en los colegios de Chihuahua, San Luis, Guadalajara, México. Mi deseo fue siempre ser misionera, ir al África, a la India, pero Dios me llamó a la Sociedad del Sagrado Corazón. Yo hablé de mi deseo de tener una experiencia de trabajar con los pobres y luego el señor obispo Pepe Llaguno pidió una fundación en la Tarahumara, entonces la madre provincial me propuso que participara en el proyecto, algo que me dio mucho gusto.

Elena Anaya RSCJ

Llegamos a Cerocahui donde estaríamos un año recorriendo las poblaciones que pertenecían a la parroquia; nuestra tarea era visitar a las familias. Íbamos de pueblo en pueblo y las distancias eran muy largas, sin embargo, los indígenas tocaban una especie de tambor grandote que se escuchaba en todo el poblado y luego se reunían para bailar, cantar y rezar a Dios. Poco a poco nos fuimos haciendo a la manera de vivir de ellos, fue de verdad como llenarnos del Espíritu. Participábamos de algunas de sus fiestas y sus bailes; hacíamos catequesis, tejíamos, fue una experiencia donde llené mi deseo de ayudar al más necesitado.

Yo les diría a las nuevas vocaciones que amen al Señor Jesús y que se entreguen con todo su ser; nuestra espiritualidad es la del corazón abierto y nuestra misión es comunicar el amor de Jesús.





Yo sentí un llamamiento del Señor para trabajar en Casa Hogar del DIF en la ciudad de México, donde estuve 13 años. Para mí fue un regalo estar cerca de las niñas, casi todas huérfanas, porque ahí vi la necesidad de un ambiente de cariño, y las pude ayudar en su educación. Había casos de niñas maltratadas, que tenían problemas con su autoestima, pero tuve la oportunidad de acompañarlas en sus procesos de recuperación. Me anima saber que mis exalumnas todavía me escriben y se juntan para verme; me anima a seguir haciendo lo que el Señor quiere. Yo les diría a las nuevas vocaciones que el mejor regalo personal que uno recibe es entregarse a personas que han sufrido la violencia para que conozcan un mundo donde también hay amor, esperanza, y bienestar.



Mi opción por los pobres nació a partir del ejemplo de mi familia. Mi papá, mi mamá y mi abuelito eran muy desprendidos y se la pasaban ayudando a los demás.

Hay un texto del Evangelio que me marcó cuando estuve en el noviciado. “Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber; fui forastero y me recibiste; estaba desnudo y me vestiste; enfermo y me visitaste; en la cárcel y viniste a mí.”

Desde entonces mi compromiso ha sido el de seguir a Jesús por ese camino.



Ana Ramírez Ugarte RSCJ

Siempre quise apoyar a quien tuviera algún tipo de pobreza. Estuve yendo a la “Ciudad de los Niños”, aquí en Guadalajara. Después estuve en el pueblo de Copala, Jalisco, en una cultura rural, muy diferente, muy interesante y valiosa. Yo traté lo más que pude de atender a sus maneras de funcionar. Me tocó ser asesora de una gran cooperativa de consumo.

Luego me tocó dos veces estar a cargo de la “Casa Grande”, fue una experiencia muy enriquecedora acompañar a las hermanas en su última etapa de vida, esto me ayudó a centrarme en lo esencial.

Luego estuve ocho años en Chihuahua, en la Granja Hogar de los Niños, donde conseguimos remodelar las instalaciones y echamos a andar un proyecto educativo muy adecuado a las necesidades de esa población. Desde el principio ayudamos a los padres de familia en el trato a los hijos para que evitaran la violencia. Fue un proyecto que disfruté enormemente.

Luego estuve trabajando en la Colonia Miramar, aquí en Guadalajara; lo que más me gustó fue ayudar a la elaboración de los manuales de Herbolaria que se daban a las mujeres para aprender a atender la salud a base de plantas. También las ayudamos a relacionarse mejor con sus familias.





Yo no tengo opción por los pobres porque yo siempre he sido pobre. Trabajé en colegios 20 años y el resto del tiempo he estado en las parroquias. Trabajé en Tacotalpa, Tabasco, en lugares muy inaccesibles. Llegábamos en tren, camión, lancha o caballo. En ninguna ranchería había luz eléctrica. La misión ahí era formar catequistas que fueran nuestros multiplicadores, pues la parroquia era muy extensa. Fue una experiencia muy formativa y consciente de que nosotras éramos la imagen de la iglesia. Me gustó mucho y viví momentos lindísimos, pero también fue muy desgastante. La gente me ayudó mucho a que mi fe fuera más firme.

María Navarro RSCJ

Yo les diría a las nuevas vocaciones que tengan claro lo que quieren porque en todo estado de vida tenemos problemas. La vida religiosa requiere cierto grado de soledad y deben tener claro el compromiso que adquirimos. Pero, sobre todo, las nuevas vocaciones deben buscar ese lugar donde sean felices, y una vez que lo encuentren, disfrutarlo, porque esta vida no es para vivirla con amargura. La vida religiosa es un compromiso y es algo inspirador, pero también tienes que poner de tu parte.





Yo trabajé con los pobres durante trece años, en Nicaragua. Me enamoré de Nicaragua y me costó mucho trabajo regresar. Me adapté muy rápido cuando llegué a Xalapa, Nueva Segovia, y fui la más feliz en ese lugar. Siempre me inspiró el espíritu educador del Sagrado Corazón. Trabajé con los desplazados de guerra. Esperanza Orvañanos y Marimer Cepeda fueron las religiosas que abrieron brecha, si no fuera por su trabajo previo, mi llegada a Nicaragua no hubiera sido posible.



Chelo Armida RSCJ

Hacia los años 70 hubo una etapa difícil en la Provincia, unas queríamos irnos con los pobres, y otras querían quedarse en los colegios, yo trabajé veinticuatro años en los colegios, pero finalmente opté por los pobres. Cuando llegué a Nicaragua tenía 46 años y la experiencia fue muy interesante porque trabajamos con maestros empíricos que tenían un enfoque socialista de la educación. Impartí sociología -una materia que, en realidad, era marxismo puro-, y aprendí mucho en las comunidades campesinas donde los jóvenes se comunicaban con disparos. Nunca tuve miedo, todas las noches se escuchaban los tiros en la montaña y yo aprendí a dormir sin ponerle mente a eso. Desayunábamos, almorzábamos y cenábamos arroz con frijoles, había leche, pero era para los niños, y la carne era para los muchachos. Fue una experiencia inolvidable, los años más felices de mi vida.

Yo les diría a las nuevas vocaciones que, si quieren prestar un servicio a los pobres, pues que también vivan como pobres.





Desarrollé mi servicio educativo en diferentes partes: Tabasco, San Cristóbal, Puebla, Aguascalientes, Monterrey y Guadalajara. Fueron misiones muy bonitas y las he disfrutado porque me ha encantado trabajar con la gente sencilla de las comunidades. Lo que más me gustaba era visitar las comunidades para saber sus necesidades con el propósito de apoyarlas en lo que me fuera posible. Trabajábamos con las familias y con los sacerdotes, éramos un equipo. A veces llegábamos a lugares donde había una que otra escuelita en malas condiciones, pero ni siquiera una capillita... No obstante, la catequesis nos unió mucho, y el trabajo en cooperativas era una oportunidad para que cada uno compartiera sus conocimientos.

Francis Monroy RSCJ

En una ocasión hicimos un grupo musical y yo cantaba de puro oído mientras los muchachos tocaban la guitarra. Fue algo muy bello, donde se contagiaba la alegría.

Yo les diría a las nuevas vocaciones que le den todo lo que tienen con todo su corazón a los pobres. Que amen a la gente de verdad, pues cada uno tiene muchas riquezas que aportar.





Mi opción por los pobres nace del Vaticano II, cuando fui novicia y me di cuenta de que sentía una vocación especial por la educación popular. Trabajé en colonias suburbanas y en pueblos campesinos durante buena parte de mi vida. Algunas hermanas y yo tuvimos la iniciativa de crear el proyecto “Periférico” y nos enfocamos en el apoyo a la gente que más sufre. En el “Periférico” estudiamos distintos enfoques para tener una visión general de servicio: ciencias políticas, sociología, educación popular y teología de la liberación, todo eso nos inspiraba.

Cocoyo Guerrero RSCJ

El eje transversal de nuestro proyecto era Jesús. El seguimiento a Jesús. A mí me impulsó mucho la liberación de los más necesitados. Hasta la fecha voy entendiendo mi caminar en organizaciones como una vocación y un seguimiento al Señor Jesús donde deposito mi fe. Toda mi confianza está puesta en Él y puedo amar al pueblo pobre porque Dios nos amó primero. Sentir el amor del pueblo hacia mí, ese ir y venir afectivo de servicio mutuo es una experiencia hermosa.

Yo les diría a las nuevas vocaciones religiosas que este camino es un don de Dios y que en esta época es difícil el compromiso, pero que no olvidemos que ser religiosa del Sagrado Corazón es una vocación que Dios acompaña en las buenas y en las malas.



